

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

Mikel Zabalza

Índice

LOS INICIOS.....	6
LANTANG. NO HAY NADA COMO UNA PRIMERA VEZ.....	8
CORDILLERA DE LOS ANDES. <i>MÁGICO ESTE</i>	19
UNA ACCIDENTADA INTEGRAL DE PEUTEREY	23
RUMBO A PAKISTÁN. TRANGO, LA TORRE SIN NOMBRE.....	28
TRAGEDIA EN EL CERRO PIERGIORGIO	35
KANGCHENJUNGA, LA RUTA BRITÁNICA.....	41
ODISEA EN EL DUNAGIRI.....	48
<i>LUDOPATÍA</i> , EN LA CHANGUI TOWER.....	56
LOS PIRINEOS. LO MEJOR DEL MUNDO	60
LA HELADA TIERRA DE LA REINA MAUD	77
EVEREST Y K2. LAS GRANDES MONTAÑAS	82
UNA VÍA EN EL MONT BLANC: <i>DIVINA PROVIDENCIA</i>	88
EL K2 Y EL ESPOLÓN DE LOS ABRUZZOS	96
GASHERBRUM II POR CHINA.....	102
GASHERBRUM IV. LA MONTAÑA RESPLANDECIENTE	108
BASQUE TEAM. GRANDES DESAFÍOS	114
TRAVESÍA DE LOS BROADS.....	123
TRAVESÍAS POLARES: GROENLANDIA Y LA TRANSANTÁRTIDA	129
LA MURALLA SUR DEL NUPTSE.....	145
TORRE SUR DEL PAIJU PEAK	152
LA ARISTA OESTE DEL CHAMLANG.....	162
TRAVESÍA DE LOS GASHERBRUMS.....	167
VALLE DE KYASHAR. MONTAÑAS BELLAS Y DESCONOCIDAS.....	172
PAREDES DEL VALLE DE ROLWALING	178
LA ESBELTA Y PROMINENTE PHURBI CHYACHU	189
EPÍLOGO. UNAMONTAÑA SIN ENGAÑOS NI TRAMPAS	195

LOS INICIOS

Nací en Iruñea [Pamplona] en el año 1970 en el seno de una familia muy numerosa formada por cinco hermanos y cuatro hermanas. Mis padres nunca me llevaron al monte, bastante tenían con sacar a la familia adelante. A la temprana edad de 10 años y por iniciativa propia, me apunté en un club de montaña y empecé a tomar parte en los primeros campamentos y excursiones.

Supongo que el ambiente montañoso que se respiraba en mi ciudad natal influyó en que me decantase por esta actividad. Combinaba la pelota mano con las salidas que realizaba con mis amigos a los montes cercanos a Iruñea. A veces nos desplazábamos en bicicleta, otras en tren o en autobús y había ocasiones en las que algún padre nos trasladaba en coche.

A los 16 años empecé a escalar y todo empezó a cambiar. Dejé de jugar a pelota, algo que me había gustado mucho, y me empecé a sumergir en este otro mundo. Me apasionaban el monte y la escalada, por tanto, tuve claro desde el principio que iba a tratar de aunar ambas facetas. Casi sin darme cuenta empecé a practicar el alpinismo invernal. Mis primeras ascensiones de una cierta entidad en esta modalidad tuvieron lugar en Gavarnie. Allí mismo alquilé otro piolet, ya que en aquella época solo contaba con un piolet clásico y unos crampones de correa, y, junto a Unai Pérez Isasi, ascendí la norte del Taillón y el Corredor Swan a los Astazus.

A partir de aquel día, en cuanto tenía ocasión compraba algo de material técnico, que en aquellos años era difícil de conseguir. Los *friends* y los tornillos de hielo eran, sin duda, lo más codiciado.

Cuando estaba en casa, practicaba la escalada deportiva en las escuelas cercanas a mi ciudad, fundamentalmente en Etxauri.

Casi a diario, salía a correr al parque de la Vuelta del Castillo, y seguidamente hacía *boulder* en las murallas de la Ciudadela. Primero, correr y luego, escalar, con lo que simulaba que se trataba de una dura aproximación para luego poder escalar.



Junto a Unai Pérez en mi primera visita a los Alpes.



En Etxauri abrí Pata Negra junto a mi hermano.

El invierno me gustaba de manera especial; practicaba esquí de fondo, de travesía y, casi sin darme cuenta, empecé a escalar en hielo. Esta faceta me gustaba más que la estival; el escenario invernal se me antojaba sublime.

Pronto empecé a explorar nuevas posibilidades en las paredes de los Pirineos. Mi carácter curioso y atrevido me empujaba hacia lo desconocido con la fuerza extra que te otorga el hecho de ir a la aventura, sin más información que alguna foto y tu propia intuición. Con los años, gracias a la observación y la experiencia he afinado esa intuición y hoy en día puedo predecir con bastante exactitud las condiciones que ofrecerá una pared del Pirineo occidental en invierno.

LANTANG

No hay nada como una primera vez

Acabé mis estudios de ingeniería técnica agrícola en 1992 y aquel mismo verano trabajé de peón forestal de bombero. Encontré la fórmula mágica de aunar tiempo, dinero... y el compañero perfecto, Fermín Izco. Juntos partimos hacia Nepal, con la idea de escalar lo que pudiésemos en el valle del Langtang, en el Himalaya nepalí, al suroeste del Shisha Pangma. Esta zona del Langtang recibió en 1976 el título de parque nacional, convertido así en el primero de su categoría en el Himalaya. Ubicado al norte de Katmandú, muy cerca de la frontera con Tíbet, este territorio protegido posee una superficie de 1.710 km².

Al hablar de Fermín he de decir que quizá sea el tipo más osado y atrevido con quien he escalado. Siempre con talante positivo y una actitud de caballero, te puedes ir con él al fin del mundo. Eso sí, debes contrastar siempre sus ideas y planteamientos. A veces son geniales y otras ,absurdos. Por ejemplo, una de las máximas del alpinismo afirma que hay que llevar lo imprescindible; pues Fermín lo lleva a su máxima expresión, con lo que esto supone a veces.

Aquel año, las fotos de unos amigos que habían estado de *trekking* por esta zona fueron la chispa que encendió la llama de nuestra motivación. Eran unas atractivas imágenes de numerosos picos nevados realmente bellos y vertiginosos. Así, partimos con la idea de explorar la cara sur del Langtang Lirung un pico de 7.234 metros, el más alto de la región. Tiene una pared sur imponente, que se eleva imparable y se ha resistido a la escalada durante mucho tiempo. La primera ascensión a cumbre llegó de la mano de una expedición japonesa en 1978; la primera invernal fue para los polacos Mikołaj Czyżewski, Kazimierz Kiszka y Adam Potoczek. Prácticamente todas las rutas habían discurrido por las aristas sureste y sudoeste. Tenía todos los ingredientes para que fuera un reto muy interesante para nosotros.

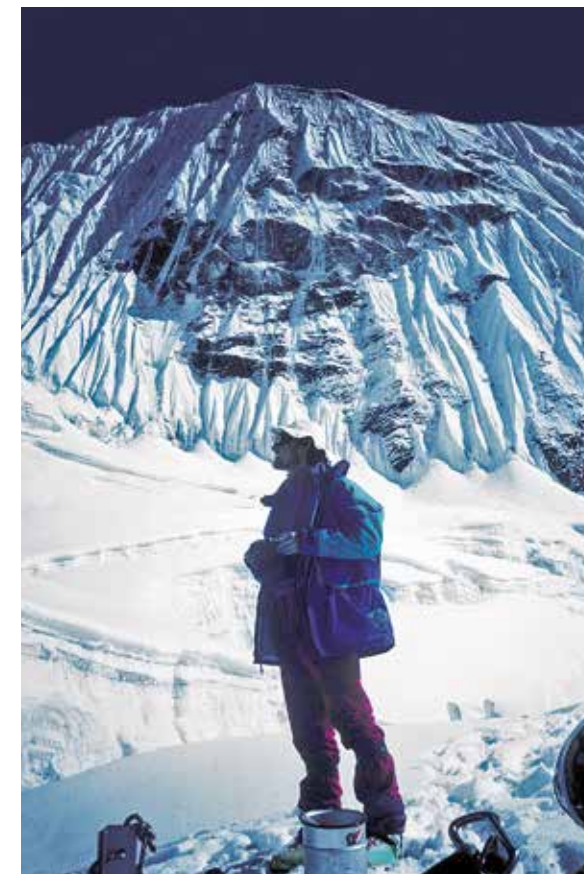
El viaje transcurrió envuelto en multitud de incidencias. Tuvimos que permanecer cinco días en Katmandú para recuperar una maleta perdida, sufrimos diarreas espantosas que, unidas a la falta de recursos económicos, nos incomo-

daron mucho el viaje. El caso es que nos veíamos obligados a recurrir a los hospedajes más baratos y a la comida más económica. De este modo, nos hinchábamos a comer *dal-bhat*, comida local a base de arroz, lentejas y verduras, y tuvimos que convivir con alguna que otra cucaracha.

En nuestra expedición optamos por el estilo “pirata”, lo que implica que no es aceptable el pago de permisos ni sueldos a oficiales de enlace con lo cual eres libre de escalar en la zona, siempre y cuando no haya otras expediciones en los alrededores. También obviamos en la montaña cualquier servicio externo, como disponer de un cocinero o de un guía local. Así las cosas, contratamos a tres porteadores para que nos ayudaran a llevar el equipo a las cercanías del último pueblo del valle, Kyanjin Gomba (3.900 m). Cada porteador cargaba con 35 kilos, lo que, aunque lo parezca, no es ninguna barbaridad en Nepal. Nosotros, por nuestra parte, hicimos la marcha de aproximación con 25 kilos sobre las espaldas.

Una vez allí, la vertiente sur del Langtang Lirung nos pareció demasiado peligrosa a causa de la caída frecuente de *seracs*, a lo que se añadía que las nubes que aparecían desde el valle todas las tardes cubrían esta montaña y, curiosamente, no ocurría lo mismo con las que estaban un poco más al norte. No le dimos muchas vueltas al tema, y, de la misma, pusimos nuestras miras en el Gangchempo (6.387 metros). Era una montaña de silueta perfecta, cubierta de canalizos de hielo. Nos recordaba bastante al famoso Alpamayo de los Andes peruanos.

Desconocíamos si el Gangchempo había sido escalado y, en caso afirmativo, qué rutas había abiertas. También es verdad que, realmente, eso nos daba igual, ya que buscábamos aventura y soledad. Íbamos a disfrutar de ambas cosas igualmente si alguien hubiera subido antes que nosotros por un canalizo de hielo de



Cara norte del Gangchempo.

ODISEA EN EL DUNAGIRI

En 1998, Xabi Gembe, Jon Beloki y yo planeamos una expedición en estilo pirata a la India, con el objetivo de escalar en la cara norte del Changabang. A última hora, Fermín Izco se unió al plan.

La norte de esta montaña se nos antojaba un reto fascinante, debido a que suponía una atractiva combinación de altitud y dificultad en terreno de cara norte, ¿qué más se podía pedir? Ubicado en el Himalaya indio, Changabang es una montaña de 6.864 metros con una silueta llamativa, similar a un colmillo afilado. La ascensión de su cara oeste en estilo alpino en 1976 por parte de Peter Boardman

Cara norte del Dunagiri.



De izq. a drcha. yo, Xabi Guembe, Jon Beloki y Fermín Izco.

y Joe Tasker fue considerada durante mucho tiempo como la escalada más difícil llevada a cabo en el Himalaya. La cara norte es todavía más impresionante y fue escalada por primera vez el año 1997 por los ingleses Mick Fowler, Steve Sustad.

Lo que no habíamos previsto es que hubiese más expediciones en esta montaña. El hecho es que, si íbamos en estilo pirata, tal como rezan los “estatutos”, no resultaba aceptable compartir espacio, ya que íbamos de “ilegales”, no habíamos pagado permiso, ni llevábamos oficial de enlace, ni cocinero, ni nada de nada. Solo contábamos con porteadores para llevar el material al campo base, donde nos quedaríamos solos. Aun así, Fermín trató de persuadir al oficial de enlace de la expedición ruso-americana, que trataba de abrir una vía directa en la cara norte, para que nos dejaran escalar. No fue posible.

Tras el fallido intento regresamos a Joshimath con la intención de buscar un plan B. En un viejo libro polaco que compré en Katmandú encontramos un bonito dibujo de la cara norte del Dunagiri (7.083 m), el cual no se encontraba muy lejos de donde estábamos. La pared, según vimos en el libro, no contaba con vías abiertas, por lo que prometía. Fue más que suficiente. Aquel bonito lienzo propició que nuestra imaginación volara, deseosa de encontrar murallas imposibles en las que intentar una buena escalada.

La aproximación al campo base resultó ser de lo más entretenida. Para cruzar el río Dhauliganga utilizamos la tirolina más cutre que he visto jamás, pues se trataba de un bidón oxidado y recortado que iba sujeto por unos alambres. Vamos, que daba de todo menos confianza.

EVEREST Y K2

Las grandes montañas

En la primavera del año 2000 planteamos una expedición entre amigos a la vertiente norte del Everest. Iñaki Ochoa de Olza era quién más tiraba del carro. Él ya está enchufado con el tema de los ochomiles y nos contagió su entusiasmo ante este proyecto.

En el equipo estaba mi compañero habitual de escalada, Antonio Aquerreta, además de Koldo Aldaz, José María Oñate, Habi, y los guipuzcoanos Óscar Gogorza y Txetxu Lete. En el último momento Habi tuvo que abandonar el proyecto debido a que su mujer enfermó y se quedó con el fin de cuidarla.



En el campo II de la arista norte del Everest (7.600 m).

Ni se nos pasó por la cabeza la opción de utilizar oxígeno suplementario o portadores de altura que nos ayudasen con las cargas para montar los campos de altura. Simplemente queríamos vivir una experiencia en altitud extrema y ver si éramos capaces de afrontarlo en condiciones.

Encontramos en esa expedición a personas que utilizaban el oxígeno desde los 7.000 metros y tenían muy poca capacidad técnica. Vivíamos realidades paralelas, a nosotros la suya no nos interesaba en absoluto. Queríamos medirnos con la gran altitud armados solo con nuestras propias capacidades. ¿Qué sentido tenía ascender al Everest ayudados por el oxígeno suplementario desde los 7.000 metros? Para mí eso era como intentar una vía difícil de escalada deportiva y agarrarse a todos los seguros y poner estribos con el fin de llegar a la cadena. No le encontraba el sentido, pero allá cada cual.

Al igual que en el Kangchenjunga, llegué a superar los ocho mil metros, pero, una vez más, la fuerza del viento nos dio pocas oportunidades para darlo todo allí arriba. Aquella temporada no hubo ascensiones sin oxígeno.

En 2002, los catalanes Jordi Corominas y Jordi Tosas me invitaron para que los acompañara al K2. La idea era intentar la vía polaca de la cara sur en estilo ligero, esto es, un equipo pequeño, solo tres personas, sin ayuda externa y sin otros equipos en esa ruta. Esto era un objetivo realmente ambicioso y comprometido para alguien que no había hollado ningún ochomil, pero el reto me pareció fascinante y lo acepté con mucho agrado.

Esta vía la realizaron en el verano de 1986 los polacos Jerzy Kukuczka y Tadeusz Piotrowski, con grandes dificultades, tres vivacs por encima de los ocho mil metros, un descenso épico de noche con una frontal estropeada, varios días sin comer ni hidratarse, paredes heladas, pérdida de crampones y una inevitable caída mortal de Piotrowski, que a punto estuvo de llevarse consigo a su compañero.

No era, por tanto, cosa para tomar a broma. De hecho, no contaba con repetición y su parte superior era realmente comprometida, suponía un enorme desafío. Aquel verano fue pésimo en el Karakórum y el K2 no dio oportunidades, al menos, no suficientes para nosotros, aunque por la ruta habitual del espolón de los Abruzzos tampoco subió nadie. De las zonas altas del K2 se desprendían gigantescas avalanchas, cruzaban el glaciar junto al campo base y la nube de polvo ascendía por el Broad norte centenares de metros. Era aterrador. Alguno de aquellos aludes nos hizo correr como ratas para refugiarnos en alguna grieta y tres personas fallecieron durante la temporada, arrastradas por aquellas tremendas cascadas de nieve.

—¿Te imaginas estar aquí en invierno? —comentaba Coro (apodo de Jordi Corominas).

—Tiene que ser realmente duro, hay que ser ruso o polaco —matizaba Tosas.



Base abandonada americana DYE 2.

El caso es que, a partir de esa ubicación, teníamos las referencias de otras expediciones, las cuales decían, que las condiciones y los vientos en general eran bastante favorables. Y afortunadamente así lo fueron. Así, comenzamos a ganar kilómetros con poco esfuerzo; la sensación a veces era brutal. Las condiciones de la nieve cada vez eran mejores y nos encontrábamos cada vez con menos *sastruguis* y nuestros trineos no volcaban. Superábamos con facilidad los cien kilómetros diarios. Establecimos en los 230 kilómetros nuestro récord en una sola jornada.

Si las condiciones eran buenas alargábamos la jornada lo que aguantasen nuestras piernas. Algunos días pasábamos más de once horas encima de los esquís, lo cual muscularmente te deja roto. Las cometas se dejaban llevar por el

viento y pocas veces coincidía con el rumbo exacto que deseábamos llevar. Así las cosas, la forma de corregir el rumbo era colocar los esquís en la dirección que deseas llevar, y la cometa está normalmente en un costado.

Para esta travesía llevamos arneses de escalada, muy estrechos e incómodos para este fin, lo que nos obligaba a colocar trozos de esterilla entre el arnés y la ropa con el fin de amortiguar la presión continua en alguno de los lados de nuestras caderas. A pesar de esto terminábamos la jornada con rozaduras en las que la piel se ponía al rojo vivo.

Había momentos que en los que íbamos a más 30 km/hora y vacilábamos con los esquís en la nieve polvo. Como punta de velocidad, nuestro GPS indicó en una ocasión los 47 km/hora, lo cual es mucho cuando arrastras un trineo de cien kilos. Nuestro rumbo era siempre norte, salvo las últimas jornadas en las que nos teníamos que desviar hacia el oeste para llegar a Thule, la población más septentrional de Groenlandia. Esta población dispone de aeropuerto con un vuelo a la semana para regresar a Nasaq.

En estas latitudes la declinación magnética, esto es, los grados de diferencia entre el norte geográfico y el norte magnético, es un dato de suma importancia ya que este valor varía mucho en poca distancia y además es muy significativo, pues puede llegar fácilmente a los 30°. Por hacerse una idea, en nuestra latitud ni siquiera llega a un grado, es por ello por lo que no lo tenemos en cuenta.

Conforme nos acercábamos al final de la aventura, ya entrados en junio, el eterno sol se acercaba a su cenit y la temperatura era menos fría. Además, puesto que vimos que nos iban a sobrar algunas raciones de comida y aumentamos un poco la ingesta diaria. Eso fue una bendición después de tantos días seguidos en los que nos quedábamos con hambre tras cada cena.

A los 32 días de haber comenzado la travesía volvimos a divisar tierra y ondulaciones en el terreno, quedó roto, por fin, aquel horizonte blanco infinito. En el *indlandsis* te sientes como un marinero en medio del océano a merced de los vientos y de tu habilidad para corregir el rumbo con tu cometa. Alcanzamos un



Al final del día, Alberto y Juan comprueban el avance realizado.

punto, aproximadamente a 700 metros de altitud, en el que ya no había nieve, y necesitamos dos días para portear todo el equipo hasta el mar.

Era mediados de junio y estábamos frente a Thule, en un fiordo que se había empezado a resquebrajar. Había numerosos canales de agua que hacían inviable que pudiéramos llegar por nuestros medios a Thule.

Ramón Larramendi ya nos había adelantado que se podía dar esa circunstancia y él mismo nos proporcionó el teléfono de unos amigos suyos que vivían en Thule, quienes nos podrían ayudar con sus trineos muy largos o con barcas, dependería de cuan deshelado estuviese el fiordo.

Recurrimos al comodín de la llamada y nos relajamos a la espera de que viniesen a buscarnos; nos dijeron que tardarían entre seis y ocho horas.

Entre tanto, a Juan se le ocurrió que podíamos jugar a ver quién tenía mejor puntería. Disponíamos de un fusil con veinte balas que habíamos tenido que traer por si nos cruzábamos con algún oso polar. Traerlo desde casa había sido una odisea. La tarea de sacar la licencia de armas la habíamos echado a suertes, y le había tocado a Juan.

Después de los disparos, concluimos que el único válido para la guerra era Alberto, que acertó en la diana todos los disparos. Juan y yo éramos unos paquetes. Con las veinte balas gastadas y recostados al sol junto al mar helado, vimos que algo entraba y salía del mar a unos 300 metros de distancia. Parecía bastante grande. Se nos encogió el estómago al pensar que pudiera ser un oso; acabábamos de gastar todas las balas mientras hacíamos el tonto. Por suerte para nosotros se trataba de una foca, así que al final respiramos aliviados y nos volvimos a relajar.

Pasadas unas horas llegaron tres personas, cada una de ellas con un gran trineo de unos cinco metros de largo que era arrastrado por un tiro de perros. Nos montamos cada uno en uno y pusimos rumbo a Thule. Ellos llevaban la escopeta a mano y le comenté a uno de los esquimales lo que acabábamos de hacer con nuestras balas. Su gesto fue de lo más elocuente, dejó claro que éramos imbéciles.

Gracias a aquellos formidables trineos y a su gran habilidad en su manejo fuimos capaces de cruzar los canales de agua. Los perros saltaban al agua, cruzaban al otro lado, mientras el conductor contrapesaba para que el morro o el culo del trineo no se hundieran demasiado en el agua.

Por fin llegamos a Thule felices de haber concluido esta travesía, 34 días después de haber comenzado esta gran aventura. Fue un enorme aprendizaje que nos ayudó a afrontar con un mínimo de garantías el próximo reto, la Transantártida.

Una vez en casa, con las vivencias de Groenlandia asimiladas y reposadas, nos pusimos de nuevo a trabajar en las mejoras necesarias para afrontar la nueva expedición en tierras heladas. Nuestro plan era empezar en la base de Novoláza-



Cargamos con el material para bajar al fiordo donde nos recogerían en trineos.

revskaya y terminar en la base de Glaciar Unión, junto a la bahía Hércules, con el paso previo por el Polo Sur. Era un recorrido inédito en el mundillo de las travesías polares. Solo nos constaba la referencia de que se había hecho con cometas del Polo Sur a Glaciar Unión. Ese tramo suponía aproximadamente un tercio de la travesía, con unos 1.200 kilómetros de distancia. Las referencias decían que encontraríamos vientos bastante favorables.

La teoría de Mike Horn con respecto a que este recorrido pudiera realizarse en su mayor parte con el uso de cometas de tracción estaba fundamentada en la disposición de los domos, las elevaciones de hielo sobre el terreno en la Antártida. Son el origen de los famosos vientos catabáticos, típicos de regiones polares, que se producen por un gradiente de presión que va de zonas más a menos elevadas, debido también a que el aire más frío y denso de estas zonas cae debido a la gravedad.

A pesar de tener la experiencia de Groenlandia, los preparativos nos supusieron mucho trabajo. Teníamos claro que necesitaríamos unos trineos más grandes y anchos para evitar los continuos vuelcos. Cambiamos también la tienda y adquirimos una tipo túnel, mucho más apropiada para este tipo de travesías.



Sonia en la tienda vivac en la base del Bamongo.

Yo dejé las dos cuerdas de escalada fijadas en un muro de roca al comienzo de la ruta del Chekigo con la intención de volver al siguiente día. Sonia no se encontraba bien como para volver, con lo que descendimos. Después, Jesús no dudó en acompañarme. El día del intento salimos de la tienda vivac muy de noche. Remontamos por las cuerdas que había fijado días antes, las recuperamos y continuamos con la escalada por un terreno más sencillo con las cuerdas guardadas en la mochila. Jesús iba por delante y se acercaba a otro resalte rocoso bastante vertical de unos cincuenta metros. Era el momento del amanecer y no se veía con claridad la dificultad que eso podía tener, pero no parecía sencillo. Él iba por delante y me indicaba por donde pasar mientras yo le alentaba a parar y asegurarnos el siguiente tramo.

—Tranquilo, Mikel, es súper fácil —me decía Jesús—. No creo que llegue a 5°.

Sin lugar a duda, el concepto de dificultad es relativo. Lo que para Jesús era algo muy asumible para mí estuvo en el límite de lo tolerable. Ciertamente, en esta parte ganamos un valioso tiempo que nos permitió hacer casi la totalidad de los rápeles en el descenso con luz, pero si no llega a ser porque iba Jesús por delante y me indicaba por donde pasar, jamás hubiese escalado ese tramo sin cuerda.

Nada más empezar la sección de hielo nos encordamos y cayó una piedra del tamaño de una manzana que nos pasó bastante cerca. Nos quedamos parados un momento, con dudas sobre qué hacer, pero decidimos continuar. Afortunadamente fue la única que vimos caer una piedra en toda la jornada.

A pesar de que en la escalada todo fluyó y no tuvimos ningún contratiempo, regresamos a la tienda vivac bien entrada la noche. La ruta tenía aproximadamente mil metros de desnivel en los que disfrutamos de una escalada de calidad y en completa soledad. No se podía pedir más.

Regresé a casa con nuevos proyectos, feliz de que las cosas hubiesen salido bien para el grupo y de que, con tan frenética actividad, no hubiese ocurrido ningún accidente.

Bizipenak

Tras esa magnífica expedición con la promoción del equipo español de alpinismo, tenía claro que volvería al valle del Rolwaling. Allí se alza un pico que destaca especialmente sobre el resto. Se trata del Drangnag-Ri (6.801 m), el cual tiene una impresionante estética, similar al Ama Dablam, pero que tan solo contaba con dos ascensiones. La primera, en 1995, por la cara este, una expedición liderada por Sir Chris Bonington junto a los noruegos Ralph Hoibakk y Bjorn Meyer-Lund, y los sherpas Lhakpa Gyalu y Pema Dorje, quienes accedieron por el glaciar Drolombau y la arista este; y la segunda, por la cara oeste y acceso por el glaciar Ripimo, completada en solitario por el escocés Bruce Norman.

El “pero” de esta montaña era que se encuentra bastante alejada de la aldea de Na-Gom, al fondo del glaciar Ripimo, lo que implica que hay que realizar una aproximación muy larga e incómoda.

El Dragna-Ri, que ofrecía numerosas opciones, me atrajo desde el primer momento como si fuera un imán. No podía esperar, me fui con la idea de regresar al año siguiente. Le comenté a Alberto Fernández la posibilidad de intentar algo nuevo en esta montaña y él aceptó el envite. Nos pusimos en marcha. Pronto el equipo creció y se sumaron otros dos amigos alpinistas guipuzcoanos, Iñaki Arakistain y Joseba Larrañaga, quienes se mostraron entusiasmados en cuanto les mostré unas pocas fotos.